

—Tienes calor, rapaz... Aquí viene el chocolate, ¿eh?

—¿Me lo da mamá?

—Te lo daré yo.

—Y mamá, ¿qué hace?

—Almidonando unas enaguas.

Clavaba el jorobadito los ojos en Flores, alzando trabajosamente la cabeza de entre el arco doble del pecho y la espalda. Eran aquellos ojos profundos, con mucha niña: la boca, de mandíbulas salientes, tenía una crispación sardónica y una pálida sonrisa. Echaba los brazos al cuello de Flores, y pegando los labios á su oído:

—¿Vino *el otro* ayer? preguntábale.

—Sí, hombre, sí.

—¿Vendrá hoy?

—Vendrá. ¡Pues no! Calla, *filliño*, calla... toma el chocolate. Está como te gusta: claro y con espumita.

—No tengo casi gana... Ponlo aquí, al lado.



### III

**E**N Vilamorta había un Casino, un Casino de verdad, chiquito, eso sí, y por añadidura destartalado, pero con su mesa de billar comprada de lance, y su *mozo*, un setentón que de año en año sacudía y vareaba la verde bayeta. Porque en el Casino de Vilamorta apenas solían juntarse á diario más que las ratas y las polillas, entretenidas en atarazar el maderamen. Los centros de reunión más frecuentados eran dos boticas, la de doña Eufrasia, situada en la plaza, y la de Agonde, en la mejor calle. Agachada en el ángulo tenebroso de un soportal, la botica de doña Eufrasia era lóbrega; la alumbraba á las horas de conciliábulo un quinqué de petróleo, con tufo, y hacían su mobiliario cuatro sillas mugrientas y un banco. Quien desde fuera mirase, vería dentro un negro grupo, capotes, balandranes, sombreros.

anchos, dos ó tres tonsuras sacerdotales, que de lejos blanqueaban como chapas de boinas sobre el fondo sombrío de la botica. La de Agonde, en cambio, lucía orgullosamente una clara iluminación, seis grandes redomas de cristal de colores vivos y fantástico efecto, una triple estantería cargada de tarros de porcelana blanca con rótulos latinos en letras negras, imponentes y científicos, un diván y dos butacas de gutapercha. Estas dos boticas antitéticas eran también antagónicas; se habían declarado guerra á muerte. La botica de Agonde, liberal é ilustrada, decía de la botica reaccionaria que era un foco de perpetuas conspiraciones, donde durante la guerra civil se había leído *El Cuartel Real* y todas las proclamas facciosas, y donde desde hacía cinco años se preparaban con suma diligencia fornituras para una partida carlista que jamás llegó á echarse al campo; y según la botica reaccionaria, era la de Agonde punto de cita para los masones, se imprimían libelos en una imprentilla de mano, y se tiraba descaradamente de la oreja á Jorge. Cerrábase religiosamente á las diez en invierno y en verano á las once la tertulia de la botica reaccionaria; mientras la botica liberal solía hasta media noche proyectar sobre el piso de la calle la raya de luz de sus dos claras lámparas y los reflejos azu-

les, rojos y verde-esmeralda de sus redomas; por donde los tertulianos liberales calificaban á los otros de *lechuzas*, mientras los reaccionarios daban á sus contrincantes el nombre de *socios del Casino de la Timba*.

Segundo no ponía los pies en la botica reaccionaria, y desde sus relaciones con Leocadia Otero huía de la de Agonde, porque herían su amor propio las bromas y pullas del boticario, maleante y zumbón como él solo. Cierta noche que Saturnino Agonde cruzaba á deshora la plazoleta del Alamo, para ir á donde él y el diablo sabían, pudo ver á Leocadia y Segundo en el balcón, y entreoyó la salmodia de los versos que el poeta declamaba. Desde entonces, en el rostro de Agonde, mocetón sanguíneo y bien equilibrado, leyó Segundo tal desdén hacia las nimiedades sentimentales y la poesía, que por instinto se apartó de él cuanto pudo. Sin embargo, cuando se le ofrecía leer *El Imparcial* y saber alguna noticia, entraba en casa de Agonde breve rato. Hízolo al otro día de su conversación con el eco.

Estaba muy animada la asamblea. El padre de Segundo, recostado en el diván, tenía un periódico sobre las rodillas; su cuñado el escribano Genday, Ramón el confitero, y Agonde, discutían con él acaloradamente. En el fondo, próxi-

mos á la trastienda, en una mesita chica, jugaban al tresillo Carmelo el estanquero, el médico D. Fermín, alias *Tropiezo*, el secretario del Municipio y el alcalde. Al entrar notó Segundo algo de inusitado en la actitud de su padre y del grupo que le rodeaba, y persuadido de que ya le darían la noticia, dejóse caer en una de las butacas, encendió un cigarro y tomó *El Imparcial*, que andaba rodando sobre el mostrador.

—Pues aquí los papeles no traen nada; lo que se dice nada, exclamaba el confitero.

Desde la mesa de tresillo levantaba la voz el médico, confirmando las dudas de Ramón; tampoco el médico creía que pudiese suceder sin traerlo los papeles.

—Usted se muere por decir á todo que no, replicaba Agonde. Yo estoy seguro, vamos; y me parece que estando yo seguro...

—Y yo lo mismo, afirmaba Genday. Si es preciso citar testigos, allá van: lo sé por mi propio hermano, ¿me entienden ustedes? por mi propio hermano, que se lo ha dicho Méndez de las Vides; vayan ustedes viendo si es autorizada la noticia. ¿Quieren ustedes más? Pues han encargado á Orense, para las Vides, dos butacas, una buena cama dorada, mucha vajilla y un piano. ¿Quedan ustedes convencidos?

—De todas maneras, no vendrán tan pronto, objetó *Tropiezo*.

—Vendrán tal. D. Victoriano quiere pasar aquí las fiestas y las vendimias; dice que le tira muchísimo el cariño del país, y que en todo el invierno no se le oyó hablar sino del viaje.

—Viene á espichar aquí, murmuró *Tropiezo*; oí decir que está malísimo. Se van ustedes á quedar sin jefe.

—Váyase V. á... Demonio de hombre, de mochuelo, que solo anuncia cosas fúnebres. Cállese V. ó no suelte barbaridades. Atienda, atiendan al juego como Dios manda.

Segundo miraba con indiferencia á las redomas de la botica, distraído por el vivo foco azul, verde ó carmesí que en cada una de ellas centelleaba. Ya comprendía el asunto de la conversación: la venida de D. Victoriano Andrés de la Comba, el ministro, el gran político del país, el diputado orgánico del distrito. ¿Qué le importaba á Segundo la llegada de semejante fantasmón? Y aspirando suavemente su cigarro, se abstraía del ruido de la disputa. Después se embebió en la lectura de la *Hoja de El Imparcial*, donde elogiaban mucho á un poeta principiante.

Entretanto se enredaba la partida de tresillo. El boticario, situado á espaldas del alcalde, le

daba consejos. Comprometido y árduo caso: un solo de estuche menor; la contra reunida toda en el estanquero y en D. Fermín: cogían en medio al hombre: posición endiablada. Era el alcalde de esos viejos sequitos, gastaditos como un ochavo, muy tímidos, que antes de hacer una jugada la piensan cien años, calculando todas las contingencias y todas las combinaciones posibles de naipes. Ya no quería él echar aquel solo ¡qué disparate! Pero el impetuoso Agonde le había impulsado, diciendo:—Vaya, lo compro.—Puesto en el disparadero, el alcalde se decidió, no sin protestar.

—Bueno, lo jugaremos... Una calaverada, señores. Para que no digan que me amarro.

Y sucedía todo lo previsto; hallábase entre dos fuegos: de un lado le fallan el rey de copas; de otro le pisan la sota de triunfo aprovechando el caballo; D. Fermín se mete en bazas sin saber cómo, mientras el estanquero, con sonrisa maliciosa, guarda su contra casi enterita. El alcalde levanta hacia Agonde los ojos suplicantes.

—¿No se lo decía yo á V.? ¡En buena nos hemos metido! Va á ser codillo, codillo cantado.

—No, hombre, no... es V. un mandria, que se apura por todo... Está V. ahí jugando con más miedo que si le apuntasen con una escopeta...

¡Arrastrar, arrastrar! Los chambones siempre se mueren de indigestión de triunfos.

Los adversarios se guiñaban el ojo malignamente.

—*De posita non tibat*, exclamó el estanquero.

—*Si codillum non resultabit*, corroboró D. Fermín.

Sintió el alcalde un escafofrío en el mismo bulbo capilar, y, por consejo de Agonde, resolvióse á mirar lo que iba jugado, enterándose de las bazas de los compañeros y contando los triunfos. *Tropiezo* y el estanquero refunfuñaron.

—¡Qué manía de levantarles las faldas á los naipes!

El alcalde, algo más sereno, determinó por fin salir de dudas, suspiró y en algunos arrastres briosos y decisivos se resolvió la jugada, quedando todos iguales, á tres bazas cada uno.

—La de los sabios, dijeron casi á un tiempo estanquero y médico.

—¿Lo ve V.? Poniéndose lo peor del mundo, no le han dado codillo; observó Agonde. Para hacer la puesta, se necesitaron requisitos...

Tenia á todos suspensos el interés palpitante de la jugada, menos á Segundo, absorto en una de las perezosas meditaciones en que el bienestar del cuerpo acrecienta la actividad de la fantasía. Llegaban á sus oídos las voces de los ju-

gadores como lejano murmullo; él estaba á cien leguas de allí: pensaba en el artículo del periódico, del cual se le habían quedado grabadas en la memoria ciertas frases especialmente encomiásticas, hisopazos de miel con que el crítico disimulaba los defectos del poeta elogiado. ¿Cuándo le llegaría su turno de ser juzgado por la prensa madrileña? Sábelo Dios... Prestó atención á lo que se hablaba.

—Hay que darle siquiera una serenata, declaraba Genday.

—¡Hombre... una serenata! respondió Agonde: ¡gran cosa! Algo más que serenata: hay que armar cualquier estrépito por la calle; una especie de manifestación, que pruebe que aquí el pueblo es suyo... Habrá que nombrar una comisión, y recibirle con mucho cohete, y la música á todas horas... Que rabien esos cazurros de doña Eufrasia.

El nombre de la otra botica produjo una explosión de bromas, chistes y pateaduras. Hubo comentarios.

—¿No saben ustedes? interrogó el socarrón de *Tropiezo*. Parece que á doña Eufrasia le ha escrito Nocedal una carta muy fina, diciéndole que él representa á D. Carlos en Madrid y que ella por sus méritos debe representarle en Vila-morta.

Carcajadas homéricas, algazara general. Habla Genday el escribano.

—Bueno, eso será mentira; pero es verdad, una verdad como un templo, que doña Eufrasia le remitió á D. Carlos su retrato con dedicatoria.

—¿Y la partida? ¿Señalaron el día en que ha de levantarse?

—¡Vaya! Dice que la mandará el abad de Lubregio.

Se duplicó el regocijo de la tertulia, porque el abad de Lubregio frisaba en los setenta y se hallaba tan acabadito, que á duras penas podía tenerse sobre la mula. Entró en la botica un chiquillo, columpiando un frasco de cristal.

—¡D. Saturnino! chilló con voz atiplada.

—A ver, hombre; contestó el boticario remendándole.

—Déme á lo que esto huele.

—Quedamos enterados... murmuró Agonde arrimando el frasco á la nariz. ¿A qué huele, don Fermín?

—Hombre... es así como... láudano, ¿eh? ó árnica.

—Vaya el árnica, que es menos peligrosa. Dios te la depare buena.

—Son horas de recogerse, señores, avisó el abogado García consultando su cebolla de plata.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1946 1625 MONTERREY, MEXICO

33719

Genday se levantó también, y le imitó Segundo.

Los tresillistas se enfrascaron en hacer cuentas y liquidar las ganancias céntimo por céntimo, escogiendo fichas blancas y fichas amarillas. Al pisar la calle recibíase grata impresión de frescura; estaba la noche entre clara y serena; los astros despedían luz cariñosa, y Segundo, en quien era inmediata la percepción de la poesía exterior, sintió impulsos de plantar á su padre y tío; y marcharse carretera adelante, solo como de costumbre, á gozar tan apacible noche. Pero su tío Genday se le colgó del brazo.

—Rapaz, estás de enhorabuena.

—¿De enhorabuena, tío?

—¿Tú no rabias por salir de aquí? ¿tú no quieres volar á otra parte? ¿tú no le tienes tirria al bufete?

—Hombre, intervino el abogado; él que ya es loco y tú que le revuelves la cabeza más...

—¡Calla, tonto! D. Victoriano viene, le presentamos al chico y le pedimos la colocación... Y la ha de dar buena, que aunque él se figure otra cosa, si no nos complace, le costará la torta un pan... No está el distrito como él piensa, y si los que le sostenemos nos acostamos, se la juegan de puño los curas.

—¿Y Primo? ¿Y Méndez de las Vides?

—No pueden con ellos... El día menos pen-

sado les dan un desaire, me los dejan en una vergüenza... Pero tú, muchacho... Míralo bien: ¿no te lleva afición por la abogacía?

Segundo se encogió de hombros, sonriendo.

—Pues discurre... así, á ver que te convendría más... Porque algo has de ser; en alguna parte has de meter la cabeza. ¿Te gustaría un juzgado de entrada? ¿un destino en el ramo de correos? ¿en alguna oficina?

Estaban dando la vuelta á la plazoleta para acercarse á casa de García, y al pasar por delante del balcón de Leocadia, el aroma de los claveles penetró hasta el cerebro de Segundo. Experimentó una reacción poética, y dilatando las fosas nasales para recoger la fragancia, exclamó:

—Ni juez, ni empleado en correos... Déjeme de eso, tío.

—No porfíes, Clodio, dijo agriamente el abogado. Éste no quiere ser nada, nada, más que un solemne holgazán, y pasarse la vida echando borroncitos en papelitos... Ni más ni menos. Allá van los cuartos de la carrera, todo lo que gasté; allá van el Instituto, la Universidad, la pechera, el levitín, la botita flamante; y luego, cuando uno piensa que los tiene habilitados, vuelta á cargar sobre las costillas de uno... á fumar y comer á su cuenta... Sí, señor... Yo ten-

go tres, tres hijos para gastarme y chuparme el jugo, y ninguno para darme ayuda... Así son estos señoritos... ¡vaya!

Segundo, parado y con las facciones contraídas, se retorció la punta del bigotillo. Todos se detuvieron en la esquina de la plazoleta, como suele suceder cuando una plática se enzarza.

—No sé de dónde saca V. eso, papá... declaró el poeta. ¿Usted se figura que me he propuesto no pasar de Segundo García, el hijo del abogado? Pues se equivoca mucho. Ganas tendrá V. de librarse del peso que le hago; pero más aún tengo yo de no hacérselo.

—¿Y luego, á qué aguardas? El tío te está proponiendo mil cosas y no te acomoda ninguna. ¿Quieres empezar por Ministro?

El poeta dió nuevo tormento á su bigote.

—No hay que cansarse, papá. Yo haría muy mal empleado en correos y peor juez. No me quiero sujetar al ingreso en una carrera dada, donde todo esté previsto y marche por sus pasos contados... Para eso, sería abogado como usted ó escribano como el tío Genday. Si realmente cogemos á D. Victoriano de buen talante, pídanle ustedes para mí cualquier cosa... un puesto sin rótulo, que me permita residir en Madrid... Yo me las arreglaré después.

—Te las arreglarás... Sí, sí, bien hablas...

Me girarás letritas, ¿eh? como tu hermano el de Filipinas... Pues sírvate de gobierno que no puedo... que no robé lo que tengo, ni fabrico moneda.

—Si yo nada pido, gritó Segundo con salvaje cólera. ¿Le estorbo á V.? Pues sentaré plaza ó me largaré á América... Ea, se acabó.

—No, dijo el abogado calmándose... Siempre que no exijas más sacrificios...

—Ninguno... ¡así me muriese de hambre!

Abrióse la puerta del abogado: la vieja tía Gaspara, en refajos, hecha un vestiglo, salió á abrir; traía un pañuelo de algodón tan encima del rostro, que no se le distinguían las hurañas facciones. Segundo retrocedió ante aquella imagen de la vida doméstica.

—¿No entras? interrogó su padre.

—Voy con el tío Genday.

—¿Vuelves pronto?

—En seguida.

Tomó plazoleta abajo y explicó sus proyectos á Genday. Éste, chiquitín y fosfórico de genio, se agitaba como una lagartija, aprobando. No le desagradaban á él las ideas de su sobrino. Su cabeza activa y organizadora, de agente electoral y escribano mañero, admitía mejor los planes vastos que la cabeza metódica del abogado García. Quedaron tío y sobrino muy con-

formes en el modo de beneficiar el influjo de don Victoriano. Charlando así, llegaron á casa de Genday, y la criada de éste, mocita guapa, le abrió la puerta con toda la zalamería de una fórmula de solterón incorregible. En vez de volverse á su domicilio, Segundo, preocupado y excitado, bajó á la carretera, se detuvo en el primer soto de castaños, y sentándose al pie de una cruz de madera que allí dejaran los jesuítas durante la última misión, se entregó al pasatiempo inofensivo de contemplar los luceros, las constelaciones y todas las magnificencias siderales.



#### IV

**D**URANTE las pesadas siestas de Vilamorta, mientras los agüistas digerían sus vasos de agua mineral y compensaban la madre drugona con un letargo reparador, los músicos aficionados de la banda popular ensayaban las piezas que pronto ejecutarían reunidos. De la tienda del zapatero salían trinos melancólicos de flauta: en la del panadero resonaban briosas y marciales notas de cornetín: en el estanco gemía un clarinete: por el almacén de paños vagaban los ahogados suspiros de un figle. Los que así se consagraban al culto de Euterpe eran dependientes de comercio, hijos de familia, el elemento joven de Vilamorta. Semejantes fragmentos de melodía brotaban con penetrante sonoridad de entre la perezosa y cálida atmósfera. Cuando se esparció la nueva de que den-



tro de veinticuatro horas llegaba D. Victoriano Andrés de la Comba y su familia, para salir inmediatamente á las Vides, estaba la charanga sumamente afinada y acorde ya, dispuesta á atronar con tandas de valsos, *dancitas* y pasos dobles los oídos del insigne varón.

Notóse en la villa movimiento desacostumbrado. La casa de Agonde se abrió, ventiló y barrió, saliendo por sus ventanas nubes de polvo: la hermana de Agonde se asomó poco después, peinada en flequillo y con un collar de caracoles nacarados. El ama del cura de Cebre, guisandera famosa, daba vueltas en la cocina, y se oía el sonsonete del almirez y el chirriar del aceite. Dos horas antes de la de las cinco, á que llega el coche de Orense, miden ya la plaza las notabilidades calificadas del partido combista-radical, y Agonde espera en el umbral de su botica, habiendo sacrificado á la solemnidad de la ocasión su clásico gorro y chinelas de terciopelo, y luciendo botas de charol y levita inglesa, que le hace parecer más corto de cuello y más barrigudo.

Entraba el coche de Orense por la parte del soto, y al resonar sus cascabeles y campanillas, el trote de sus ocho mulas y jacos y el carranqueo de su pesada mole, los vecinos de Vila-morta se colgaron de los balcones, se asomaron

á los portales; sólo la botica reaccionaria permaneció cerrada y hostil. Al desembocar el gran armatoste en la plaza, agitáronse los grupos; varios chiquillos, descalzos, treparon al estribo pidiendo un ochavo en plañidera voz; las fruterías de los soportales se incorporaron para mejor ver, y únicamente Cansín, el tendero de paños, con las manos metidas en los bolsillos y en babuchas, prosiguió recorriendo su almacén de arriba abajo, afectando olímpica indiferencia. Refrenó el mayoral el tiro, diciendo en tono conciliador á una mula resabiada:

—Eeeeeeh... Bueno ya, bueno ya, Canóniga...

Estalló la charanga, formada ante el ayuntamiento, en ensordecedor preludeo y el primer cohete salió pitando, despidiendo chispas... Lanzóse el grupo en masa hacia la portezuela para ofrecer la mano, el brazo, cualquier cosa... Y bajaron trabajosamente una señora gruesa, un cura con las sienes abrigadas por un pañuelo de algodón á cuadros... Agonde, con más risa que enojo, hizo señas á la charanga y á los coheteros de que cesasen en su faena.

—¡No viene aún! ¡No viene aún! gritaba. En efecto, no traía más gente el ómnibus. El mayoral se deshizo en explicaciones.

—Vienen ahí, á dos pasos, como quien dice...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

En el coche del conde de Vilar... En la carretela... Por causa de la señora... Yo aquí traigo el equipaje... Y pagaron los asientos como si los ocupasen...

No tardó en escucharse el trote acompasado y gemelo del tronco del conde de Vilar, y la carretela descubierta, de arcáica forma, penetró majestuosamente en la plaza. Recostábase en el fondo un hombre envuelto, á pesar del calor, en un abrigo de paño; á su lado una mujer con impermeable de dril gris destacaba sobre el puro azul del cielo el ala caprichosa de su sombrero de viaje. En el asiento delantero, una niña como de diez años, y una *mademoiselle*, especie de aya-niñera ultrapirenaica. Segundo, que al llegar la diligencia se había quedado atrás, no aproximándose al estribo, esta vez anduvo menos reacio, y la mano que, cubierta con largo guante de Suecia se tendía pidiendo apoyo, encontró otra mano de presión enérgica y nerviosa. La señora del ministro miró con sorpresa al galán, le hizo un saludo reservado, y tomando el brazo que la brindaba Agonde, entró á buen paso en la botica.

Tardó más en bajarse el hombre político. Sorprendidos le miraban sus partidarios. Había variado mucho desde su última estancia en Vilamorta—ocho ó diez años antes, en plena re-

volución.— Su pelo gris pizarra, más blanco en las sienas, realzaba la amarillez de la piel; amarillo también y con estrías de sangre tenía lo blanco del ojo; y su semblante, arado y marchito, mostraba impresas en signos visibles las zozobras de la lucha social, las vicisitudes de la banca política y los sedentarios trabajos del foro. Su cuerpo estaba como desgonzado, faltándole el aplomo, la actitud que revela el vigor físico. No obstante, cuando menudearon los apretones de manos, cuando los *tanto bueno... por fin... al cabo de los años mil...* resonaron en torno con halagüeño murmullo, el gladiador exánime recobró fuerzas, se irguió, y una amable sonrisa dilató sus secos labios, prestando grata expresión á la ya severa boca. Hasta abrió los brazos á Genday, que se agitó en ellos con coleteos de anguila, y dió palmadicas en los hombros al alcalde. García el abogado trataba de hacerse visible y destacarse del grupo, murmurando con el tono grave de quien emite parecer sobre cosas muy peliagudas:

—Vaya, ahora arriba, arriba, á descansar, á tomar algo...

Por fin el remolino se aquietó subiendo á la botica el personaje, y tras él García, Genday, el alcalde y Segundo.

En la salita de Agonde tomaron asiento, de-

jando respetuosamente á D. Victoriano el sofá de reps grosella, y formando en torno suyo un semicírculo de sillas y butacas. A poco rato aparecieron las señoras, ya sin sombrero, y entonces pudo verse que la de Comba era linda y fresca, pareciendo, más que madre, hermana mayor de la niña. Esta, con su copiosa mata de pelo tendida por la espalda, su seriedad de mujercita precoz, tenía aspecto triste, de arbolillo ético; mientras su mamá, rubia risueña, ostentaba gran lozanía. Hablóse del viaje, de las feraces orillas del Avieiro, del tiempo, del camino; la conversación enfriaba, cuando entró oportunamente la hermana de Agonde, precediendo al ama del cura, cargada con dos enormes bandejas donde humeaban jícaras de chocolate, pues de cena no entendían los huéspedes. Con depositarlo sobre el velador, servirlo, repartirlo, se animó la reunión. Los vilamortanos, encontrando asunto adecuado á sus facultades oratorias, empezaron á instar á los forasteros, á encomiar las excelencias de los manjares, y, llamando por su nombre de pila á la señora de Comba y agregando un cariñoso diminutivo al de la niña, se deshicieron en exclamaciones y preguntas.

— Nieves, ¿está el chocolate á su gusto?

— ¿Acostumbra tomarlo claro ó espeso?

— Nieves, este pellizco de bizcocho maimon por mí: es una cosa superior, que sólo acá sabemos hacer.

— Victoriniña, vamos, á perder la vergüenza: esta manteca fresca sabe mucho con el pan caliente.

— ¿Un pedacito de esponjado tostado? ¡Ajajá! De esto no hay por Madrid, ¿eh?

— No, contestaba la voz clarita y remilgada de la niña... En Madrid tomábamos con el chocolate buñuelos y churros.

— Aquí no se estilan buñuelos, sino bizcochitos... De esto de encima, de lo dorado... Eso no es nada: un pajarito lo pica...

Terció en el debate D. Victoriano, encareciendo el pan: él no podía comerlo; se lo habían prohibido en absoluto, pues su enfermedad le vedaba las féculas y los glútenes, hasta el extremo de que solían enviarle de Francia unas hogazas preparadas *ad hoc*, sin ningún elemento glucogénico; y al decir esto, volvióse hacia Agonde, que aprobó, mostrando entender el terminillo. Y sentía doblemente don Victoriano la veda, porque nada encontraba comparable al pan de Vilamorta: mejor en su género que el bizcocho, sí señor. Reíanse los vilamortanos, muy lisonjeados en su amor propio; mas García, meneando sentenciosamente la cabeza, ex-

plicó que ya el pan decaía; que no era como en otros tiempos, y que sólo el *Pellejo*, el panadero de la plaza, lo amasaba á conciencia, teniendo la santa cachaza de escoger el trigo grano por grano, y no admitir ninguno picado del gorgojo; así resultaba tan sabroso el mollete y con tanta liga. Se discutió si debía ó no tener ojos el pan, y si caliente era indigesto.

Don Victoriano, reanimado por estas mínimas vulgaridades, hablaba de su niñez, de los zoquetes de pan untados con manteca ó miel que le daban de merienda; y al añadir que también solía su tío el cura administrarle buenos azotes, volvió la sonrisa á suavizar las hundidas líneas de su rostro. Dulcificábase su fisonomía con aquella efusión, borrándose los años de combate y las cicatrices de las heridas, y luciendo un reflejo de la juventud pasada. ¡Qué ganas tenía de volver á ver en las Vides un emparrado del cual mil veces robara uvas allá de chiquillo!

— Aun las ha de robar usted ahora, exclamó festivamente Clodio Genday. Ya le diremos al señor de las Vides que ponga un guarda en la parra del Jaén.

Celebróse el chiste con hilaridad suprema, y la niña soltó su risilla aguda ante la idea de que robase uvas su papá. Segundo no hizo más que sonreirse. Tenía los ojos fijos en D. Victoriano

y pensaba en su destino. Repasaba toda la historia del personaje: á la edad de Segundo era también D. Victoriano un oscuro abogaduelo, enterrado en Vilamorta, ansioso de romper el cascarón. Se había ido á Madrid, donde un jurisconsulto de fama le tomó de pasante. El jurisconsulto picaba en político y D. Victoriano siguió sus huellas. ¿Cómo empezó á medrar? Espesas tinieblas en torno de la génesis. Unos decían *erres* y otros *haches*. Vilamorta se le encontró, cuando menos se percataba, candidato y diputado: ya frisaría por entonces en los treinta y cinco, y se exageraba su talento y porvenir. Una vez de patitas en el Congreso, creció la importancia de D. Victoriano, y cuando vino la Revolución de Setiembre, le halló empinado asaz para improvisarle ministro. El breve ministerio no le dió tiempo á gastarse ni á demostrar especiales dotes, y, casi intacto su prestigio, le admitió la Restauración en un gabinete fusionista. Acababa de soltar la cartera y venía á reponer su quebrantada salud al país natal, donde su influencia era incontestable y robusta, gracias al enlace con la ilustre casa de Méndez de las Vides... Segundo se preguntaba si colmaría sus aspiraciones la suerte de D. Victoriano. Don Victoriano tenía dinero: acciones del Banco y de vías férreas, en cuyo consejo de admi-

nistración figuraba el hábil jurisconsulto... Enarcó desdeñosamente las cejas nuestro versificador, y miró á la esposa del ministro: aquella gentil beldad no amaba, de seguro, á su dueño. Era hija del segundón de las Vides, un magistrado: se casaría alucinada por la posición. ¡Vive Dios! El poeta no envidiaba al político. ¿Por qué se habría encumbrado aquel hombre? ¿Qué extraordinarias dotes eran las suyas? Difuso orador parlamentario, ministro pasivo, algo de capacidad forense... Total, una medianía...

Mientras elaboraba estas ideas el cerebro de Segundo, la señora de Comba se entretenía en desmenuzar los trajes y fachas de los presentes. Analizó, con los ojos entornados, todo el atavío de Carmen Agonde, embutida en un corpiño azul fuerte, muy justo, que arrebatava la sangre á sus mejillas pletóricas. Bajó después la burlona ojeada á las botas de charol del farmacéutico, y volvió á subir hasta los dedos de Clodio Genday, culotados por el cigarro, y el chaleco de terciopelo á cuadritos morados y blancos del abogado García. Por último se posó en Segundo, investigando algún pormenor de indumentaria. Pero la rechazó como un escudo otra mirada fija y ardiente.



V

**A**GONDE madrugó y bajó temprano á la botica, dejando á sus huéspedes entregados al sueño, y á Carmen encargada de meterles, apenas se bullesen, el chocolate en la boca. Quería el boticario gozar del efecto producido en el pueblo por la estancia de don Victoriano. Recostábase en el diván de gutapercha, cuando vió cruzar á *Tropiezo*, caballero en su parda mulita, y le holeó:

—Hola, hola... ¿A dónde se va tan de mañana?

—A Doas, hombre... Me hace falta todo el tiempo. Y al afirmarlo, el médico se apeaba, atando su montura á una argolla incrustada en la pared.

—¿Es tan apurada la cosa?

—¡Tssss! La vieja, la abuela de Ramón el